Carlos Fuentes: «Sin amor no podría vivir; sin la literatura, quizá sí»

Ana Solanes

Carlos Fuentes lee el periódico sentado en alto mientras un limpiabotas saca brillo a sus zapatos. Aún faltan quince minutos para las diez y media de la mañana, la hora a la que el escritor mexicano ha fijado la entrevista con *Cuadernos Hispanoamericanos* en el Palace de Madrid, su hotel de siempre. Lleva horas levantado y acude con una sonrisa y una camisa impecable a su cita, una más en medio de la actividad frenética que despliega cada vez que viaja. Acaba de llegar de Santillana del Mar, donde Alfaguara, su editorial española, le acaba de rendir un homenaje junto a dos de sus colegas más queridos, Juan Goytisolo y José Saramago. Antes estuvo en Praga y después le quedan otros tantos compromisos hasta volver a su casa de Londres, el refugio del escritor, donde le esperan ciento cincuenta páginas de una nueva novela que está deseando continuar y para lo que cuenta con el relativo anonimato que le proporciona vivir en Inglaterra, donde intenta pasar inadvertido y escribir en paz acompañado de su mujer.

Pero la obra de un gran escritor es algo vivo y eso hace que el pasado y el futuro transcurran de manera simultánea en las librerías, de forma que en este momento, a la vez que el autor de *Zona sagrada* acomete la creación de un nuevo libro, se publican doce volúmenes con sus obras selectas en el Fondo de Cultura Económica: muchas páginas, pero no todas, porque, según dice, no puede ni pensar ahora en embarcase ahora en la edición de unas

obras reunidas o en continuar las que empezaron a publicarse en Aguilar hace años y que, de momento, han quedado detenidas en el tercer tomo: «Las obras completas, el día que me muera, por favor», dice. No será fácil, con todo, hacer una antología de su trabajo, porque eso obligará a elegir y descartar, y eso no es sencillo cuando se trata del autor de libros tan importantes como *La muerte de Artemio Cruz, Terra Nostra, La silla del águila, Cambio de piel, Gringo Viejo, Cristóbal Nonato, Diana, o la cazadora solitaria, Los años con Laura Díaz* o el último, *Todas las familias felices*... Libros que le han valido casi todos lo premios posibles, desde el Cervantes al Rómulo Gallegos o el Príncipe de Asturias. Libros en los que habla de sus pasiones: la Historia, el amor, la política, la literatura... los mismos temas que van desfilando también en esta entrevista.

– En unos meses cumplirá setenta y nueve años y rebosa energía ¿puedo preguntarle de dónde la saca?

–¡De estar vivo! El día que me muera será el momento de publicar las obras completas y del fin de mi energía. Soy muy disciplinado porque tengo la experiencia, en México, de muchos escritores de café, que tenían grandes proyectos cuando estaban sentados en un bar, proyectos ambiciosos de los que hablaban con todo detalle pero que al final nunca realizaban. Ellos hablaban casi siempre de la inspiración, y entonces a mí me nació una duda sobre qué es la inspiración, cómo llega, dónde se encuentra... Conozco mil explicaciones sobre eso, pero sólo estoy de acuerdo con una, la que afirma que escribir es un diez por ciento de inspiración y un noventa por ciento de sudor: hay que ponerse a trabajar. Y eso es lo que yo hago muy disciplinadamente. Quizá porque tengo genes germánicos por parte de mi abuela, pero el hecho es que yo estoy trabajando desde las seis o seis y media de la mañana hasta las doce del día y así se producen al menos dos cuartillas más o menos decentes cada día, pero esperar a la inspiración es esperar a Godot.

«Trabajo de seis a doce de la mañana. Esperar a la inspiración es esperar a Godot»

– Es como llevar dos vidas: una muy solitaria, la del creador, y, la otra, una vida social saturada de actos, homenajes, conferencias, premios, viajes, entrevistas ¿Disfruta del contraste?

– Sí. Escribir es un acto muy solitario, es cierto. Por eso agradezco toda esta actividad, el encuentro con otros amigos escritores, con los lectores, porque luego me esperan semanas y semanas de una soledad absoluta. Bueno, no absoluta, porque estamos mi esposa y yo, pero nadie más. En Londres trabajo de siete a doce, después doy una caminata por el cementerio, así no me arrollan los taxis y autobuses que no sé todavía por dónde vienen; luego almuerzo con mi esposa, leo en la tarde, después nos vamos al teatro, al cine, a la ópera... es una vida muy ordenada y muy solitaria.

– Sus obras las vive en México y las escribe en Londres

– Sí porque en México es diferente desde que me levanto, tomo huevos rancheros a las ocho de la mañana, tortillas, frijoles, y también hay muchos desayunos políticos así que llega uno a leer un par de horas antes del almuerzo, y ya a las seis hay que ir a prepararse y darse una ducha para acudir a la cena que empieza a las nueve y termina a la una. Y es muy agradable porque están los amigos, la política, intereses, chismes, todo lo que usted quiera, pero no puedo escribir con la concentración con la que lo hago en Europa, porque en Londres tendré tres amigos como máximo, y uno es el policía de la esquina...

– Desde niño se forjó su espíritu cosmopolita: nace en Panamá, se educa en Washington, vive en Buenos Aires, Brasil... Sin embargo, siempre se sintió muy mexicano, jamás perdió la lengua, las raíces con su país y con su pasado.

– Mis raíces más profundas son mexicanas. Mi infancia la pasé en Washington, entre los cuatro y los once años, de manera que me eduqué en la escuela americana, pero en mi casa se hablaba castellano. Yo era un niño simpático en la escuela, participaba en todo, hasta que un día me volvieron la espalda: fue el día en que el presi-

---

«Escribir es un acto solitario. Por eso agradezco tener tanta actividad en mi vida»

dente Cárdenas nacionalizó el petróleo y entonces, de pronto, nos volvimos comunistas los mexicanos e inmediatamente se nos empezó a tratar con una gran frialdad y eso me hizo sentir muy mexicano. Mi padre era diplomático y en ese momento todavía había una revolución mexicana y el país tenía que defenderse. Además fui un niño sin vacaciones porque no coincidían los calendarios escolares en México y en Estados Unidos; de manera que cuando llegaba el mes de junio y las vacaciones en Estados Unidos, yo me iba a la escuela en México para no perder el castellano y me quedaba al cuidado de mis abuelas, que fueron mis verdaderas educadoras. Las abuelas son las verdaderas novelistas, ya lo sabemos, tienen el acervo de la memoria de los antepasados, las historias más fantásticas. Ellas saben que las mentiras son verdades y que las verdades son mentiras. Todo lo que cuentan uno lo cree, y todos debemos creer lo que ellas quieren que uno crea: que resbalaban por montañas de oro, que los monos araguatos caían desde la selva en el desayuno... Todas estas maravillas que ellas contaban, yo las disfrutaba como la verdad más verdadera. La verdad de la verdad.

– *Así que, a cambio de las vacaciones, obtuvo el premio de su pasión por la literatura. ¿Lo considera un buen negocio?*

– Sí, creo que sí.

– *¿Recuerda el momento en que tomó la decisión de hacerse escritor ¿Fue una determinación consciente?*

– Tuvo mucha influencia mi padre, que recordaba a su hermano muerto, a mi tío que se llamaba también Carlos Fuentes y que era un chico de gran talento que llegó a publicar bastante poesía y que murió muy pronto, a los veintiún años, de tifus. Las enfermedades eran más mortales que las balas durante la revolución mexicana. Mi padre me encaminó mucho hacia la lectura, hacia la literatura y a los siete años ya escribía una revista a mano y a colores. A los once años publiqué mi primer cuento en el boletín del Instituto Nacional de Chile, donde estábamos entonces. A los diecisiete años gané los tres primeros premios en un concurso de cuentos en

«Las abuelas son las verdaderas novelistas, tienen el acervo de la memoria de los antepasados»

la escuela en México con distintos pseudónimos, pero iban anunciando mi nombre y yo me levantaba a recogerlos. Y eso determinó la carrera política de muchos amigos míos, que en ese instante decidieron rendirse y renunciaron a la literatura para dedicarse a la política. Fui el culpable de algunos políticos del PRI (ríe).

En este momento interrumpe la conversación una mujer mexicana que se acerca a saludar a Carlos Fuentes, le dice cuánto lo admira, le cuenta que viene de verle en el homenaje que acaban de brindarle en Santillana del Mar junto a Goytisolo y Saramago...

– Le quiere mucho la gente...

– Y me odian también. Hay de todo, hay odio y hay amor. Y eso es bueno, porque si fuera sólo amor, resultaría raro, casi puede pensarse que resultaría sospechoso, porque una persona sin enemigos puede ser alguien que no se compromete con nada, que quiere contentar a todos. Los enemigos son necesarios.

– Hablábamos de sus comienzos, de su descubrimiento de la literatura, que además fue en español y en inglés. ¿Fue una ventaja el participar de dos mundos, dos idiomas y dos culturas?

– Claro, yo tuve la oportunidad de disfrutar de dos mundos literarios infantiles. Cuando era niño, serlo en México significaba leer el *Corazón* de Edmundo de Amicis, y a Alejandro Dumas y a Julio Verne, y un libro español que leían todos los niños porque nos lo daban las abuelitas y que se llamaba *Las tardes de la granja*, que trataba sobre un viejito que se sentaba y les contaba historias a los niños, y que era muy lindo. Sin embargo en Estados Unidos había otros clásicos infantiles que quizá nadie recuerda, como los libros de una niña detective o sobre unos niños aventureros. Y luego, claro, estaban las lecturas comunes que eran, básicamente, las de clásicos como Mark Twain y Robert Louis Stevenson, así que leí entonces *Las aventuras de Tom Sawyer* o *Huckelberry Finn*, y también *El Doctor Jeckill y Mr. Hyde*, pero el más grande deslumbramiento para mí fue leer *La isla del tesoro*. Ahí sentí que se abría un universo de posibilidades en el relato.

«Los enemigos son necesarios. Una persona sin ellos es alguien que no se compromete con nada»

Esa fue la formación de la infancia y una edición ilustrada de tapa dura de *El Quijote* que no olvidaré nunca. Aún recuerdo aquella tapa con una ilustración bastante sangrienta de Don Quijote luchando a brazo partido contra el rebaño.

– Sus obras están llenas de bellas declaraciones de amor hacia la literatura, como ésta que aparece en Diana, o la cazadora solitaria: *«La literatura es mi verdadera amante, y todo lo demás, sexo, política, religión si la tuviera, muerte cuando la tenga, pasa por la experiencia literaria, que es el filtro de todas las demás experiencias de mi vida»*

– A veces eso se desplaza en función del amor, de manera que aunque sea verdad no es totalmente cierto, es una declaración un tanto literaria dentro de una obra literaria. Yo le doy privilegio al amor de mi mujer, de mis hijos y de mis amigos. Sin amor no podría vivir, y sin la literatura quizá sí podría vivir.

– Ha demostrado que es capaz de pasarlo todo por el filtro de la literatura, que la creación puede con todo: con la autobiografía, como hizo con Diana, o la cazadora solitaria*; con la Historia, que es parte esencial en obras suyas como* Los años con Laura Díaz *o* La Campaña*; con la política, protagonista de* La silla del águila... *¿Cree que, paradójicamente, la ficción es el único modo, o al menos el mejor, de contar la verdad de cada cosa?*

– Yo creo que sí. Pero está bien el matiz, porque tampoco es el único, desde luego, porque la poesía es más profunda, más verdadera que la novela. Un poeta nunca tiene que decir «abrió la puerta, dijo buenos días y se sentó», ¿verdad? Y un novelista sí. Yo creo que la enseñanza y el placer que nos pueden dar las artes plásticas o, sobre todo, la música, que tiene la cualidad y el privilegio de ser un arte totalmente abstracto, de esconder un misterio que nos conmueve y producir la clase de emoción que yo siento al oír a Bach o a Chopin, es comparable o incluso superior a la que pueden darnos Cervantes o Shakespeare. De todas las artes, la música es, sin duda, la que más me intriga. También la pintura, la

«La poesía es más profunda, más verdadera que la novela. La música es el arte más intrigante»

escultura y a veces el ensayo, que puede ser tan bello como una novela o un poema cuando lo toca Walter Benjamin, por ejemplo. De modo que no privilegio la novela, es simplemente mi coto.

– Sigue pensando que la novela es indispensable al hombre, como el pan?

– Creo que la novela dice lo que no se puede decir de ninguna otra manera. La novela es como un gran lago y a la vez un gran desagüe de inmundicias. Las aguas más cristalinas y más puras y las aguas más lascivas confluyen todas en la novela, a condición de que sean mentira.

– Y la literatura, ¿ayuda también a superar el dolor?, ¿Fue para usted un antídoto, un refugio cuando perdió a sus hijos?

– Yo he perdido dos hijos muy jóvenes y hay muchas maneras de aceptarlo. De superarlo no, porque no se llega a superar nunca. Mi mujer sufre mucho, y yo al menos tengo el privilegio de asociar a mis hijos a lo que escribo, de sentir que están conmigo y meterlos ahí para tener la sensación de que siguen vivos. Sé que es una ficción, pero es una hermosa ficción.

– En alguna ocasión ha dicho tener una deuda con Borges: la de haberle enseñado que cada lector es también el autor del libro que lee, esa idea de la biblioteca como el lugar y el tiempo donde un hombre es todos los hombres y donde todos los hombres que repiten una línea de Shakespeare «son» Shakespeare.

– Sí. Al haber crecido en Estados Unidos yo sentí que el inglés y el español eran dos lenguas igualmente mías y hubo un momento en que pensé seriamente escribir en inglés. Pero cuando leí a Borges en Argentina me dije: «Ah, no, es que en español está todo por decir mientras que en inglés se ha dicho prácticamente todo». Yo intentaba escribir en inglés y detrás de una cortina se asomaba Henry James a advertirme de que no podía decir eso, y en esas condiciones me sentía muy arrinconado con la lengua inglesa. Mientras que con la lengua española faltaba decirlo todo. Tenemos largos silencios, la colonia española en América

---

«Las aguas más cristalinas y más lascivas confluyen en la novela, a condición de que sean mentira»

Latina dejó un vasto silencio. La novela estaba prohibida, no se podía escribir. El siglo XIX fue un siglo de apariencia en que la verdad rara vez asomaba en la vida política y social, así que se nos ofrecía a todos los escritores una enorme veta de cosas que se podían decir y, sobre todo, que hacía falta decir. No fui el único. Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias, Borges mismo, y en mi propia generación, o cerca de ella, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa... todos sentimos que nos tocaba decir lo que no se había dicho. Y se dijo. Así que para las generaciones de ahora la cosa está mucho más complicada (ríe). Pero, a pesar de todo, tengo que confesar que lo están haciendo muy bien.

– ¿Le interesa lo que están escribiendo ahora esas generaciones posteriores a la suya? ¿Cree que, en cierto sentido, muchos autores se han visto obligados, para poder hacerse visibles a base de hacerse distintos, a escribir contra el famoso «boom»?

– Bueno, las cosas se suceden y en algunas ocasiones se complementan y en otras se combaten o se intentan negar unas a otras. Hubo lo que podríamos llamar un pre-boom, que fue propiciado por autores tan importantes como Alejo Carpentier, Borges, Miguel Ángel Asturias o José Lezama Lima. Luego vinimos nosotros con el famoso boom y después llegó el post-boom, el baby-boom, el boom femenino... Y ahora ya se destruyeron las generaciones y mi conclusión es que nadie quiere que le pongan en la piel el estigma de esa horrenda palabra, «boom», que parece designar un auge petrolero, financiero, que tiene poco que ver con la literatura y que, sinceramente, no sé quién la inventó. Hoy las cosas ya se llaman de otra manera. Se llama el «crack» en México, se llama «Macondo» en Chile... En fin, que los nuevos movimientos ya tienen una personalidad propia, derivada de la gran diversificación actual de la literatura hispanoamericana.

– ¿Es cierto que se deja libros de sus escritores favoritos por leer para tener ese placer reservado?

«Cuando leí a Borges me dije: "En español está todo por decir mientras que en inglés se ha dicho prácticamente todo"»

– Sí, ¡y se me están acabando! De Dickens me quedan dos. De Henry James ya lo leí todo. De William Faulkner lo leí todo y me voy a quedar desamparado. El día que sienta que me voy a morir me agarraré al último libro de Dickens. Soy un gran admirador suyo porque es el creador de la gran novela urbana, nadie explota la vida en las ciudades como él. Y yo soy un escritor muy urbano, muy centrado en mi Ciudad de México sobre todo.

– Su conciencia política nació también muy temprano. Seguramente en ese momento que mencionaba antes, cuando se siente mexicano por vez primera y lo reivindica.

– Mi infancia como niño de diplomático, allá en los Estados Unidos, creaba una situación muy clara de tensión. Fui a ver una película cuando tenía ocho años o nueve sobre la Independencia de Texas, *El Álamo*, y en el momento en que se proclamaba la independencia de Texas yo me subí al silloncito y grité «¡Viva México! ¡Mueran los gringos!» y mi padre, en la butaca de al lado, me callaba la boca. Pero yo me sentía tan mexicano que necesitaba gritarlo en medio de Washington.

– Sería el principio también de su amor por el cine, otra de sus grandes pasiones

– Me gusta mucho, mucho, mucho... En el cine veo todo lo que no es la novela. Todo lo que no se puede decir con palabras, y como consecuencia me devuelve a la novela. Ahora hay toda una resurrección del cine mexicano, una revolución.

– Usted, junto a su amigo Mario Vargas Llosa, puso en marcha un proyecto interesantísimo, un volumen colectivo que al final se frustró, aunque dio sus frutos: le hablo de la propuesta que hicieron a una docena de escritores latinoamericanos de escribir una novela breve sobre su «tirano nacional favorito» y que querían titular «Los padres de la patrias». No pudieron coordinarlos a todos y, sin embargo, algunos convirtieron aquellas páginas en una novela: García Márquez lo hizo en El otoño del patriarca*; Augusto Roa Bastos en* Yo, el supremo *y* Carpentier *en* El recurso del método*; e incluso el propio Vargas Llosa escribiría años después* La fiesta del chivo. *Sin embargo, estoy pensando en un «tirano», aun-*

«Bush no llega ni a tirano. Es tonto, perverso y un iluminado»

que sea en democracia, al que usted haya dedicado un libro y me viene a la mente Bush.

– Ya quisiera. Pero no llega ni a tirano. Yo ya escribí, no mi novela del tirano, porque el mío no era digno de una novela, sino una opereta. Lo hice sobre Santana, el dictador cojitranco mexicano que perdió la mitad del territorio de México en favor de los Estados Unidos. Sobre él escribí una opereta, donde casi todo está cantado. Falta encontrar un músico. Hasta que aparezca, la tiene guardada mi agente, Carmen Balcells, a buen recaudo.

– Lo que sí le dedicó al actual presindente de los Estadis Unidos fue un ensayo político, Contra Bush. *¿Por qué renunció a la ficción en este caso, sólo porque cree que el personaje no merece una novela?*

– Bueno, hay una estupenda obra de teatro dedicada a él y llamada *Stuff happens*, escrita por el gran dramaturgo David Hare. Se podría traducir como «son cosas que pasan», que fue precisamente la explicación que Donald Rumsfeld da para justificar las torturas de Abu Ghraib.

– De Bush ha dicho que es tonto y perverso. ¿Cree que ésa es la combinación más peligrosa que puede darse en alguien que tiene en sus manos un poder tan extraordinario?

–Terrible, es una combinación terrible. Y, por añadidura, Bush es un converso religioso. Cuando Bob Woodward le pregunta en una entrevista si su padre influye en él, Bush dice «sí, mi Padre, mi padre superior». Es un iluminado.

– ¿Y qué personaje político del momento merecería esa novela que aún no ha escrito? Quizá Chavez, el presidente de Venezuela? ¿Quizá Fidel Castro?

– En general son muy menores. Aunque, claro, Castro tiene una gran personalidad. Estamos hablando de un personaje perpetuado durante medio siglo en el poder. Acosado por los Estados Unidos pero aferrado al poder por los errores de la política norteamericana. Sin esos errores quizá se hubiera ido hace tiempo, pero ellos necesitan mantenerlo en el poder quizá porque les viene

---

«No sé lo que va a pasar cuando muera Castro, pero deseo lo mejor para Cuba porque es un gran país»

bien tener un enemigo fácilmente identificable. Y Cuba siempre fue una colonia, española, americana, rusa... ahora va a la deriva y yo no sé lo que va a pasar cuando muera Castro, pero deseo lo mejor para Cuba porque es un gran país.

– He leído alguna declaración suya muy pesimista en la que asegura que es la peor época que ha vivido en lo político...

– Quizá por contraste, porque me tocó vivir un tiempo de gran imaginación política. Yo viví en los Estados Unidos de Roosevelt y tiendo a criticar la política americana por comparación con el «Nuevo Trato» (New Deal). La gran crisis, la gran depresión del año 29, cómo se intentó resolverla en Europa con el fascismo, el nazismo, Stalin en la Unión Soviética , la guerra española, la debilidad de las democracias inglesa y francesa, el imperialismo japonés, y los mismos problemas de desempleo, de bancarrota, de desplome económico, Roosevelt los resuelve acudiendo al capital social, al capital humano de los Estados Unidos y recupera un país en paz: construyendo, dándonos un ejemplo no sólo para la depresión del años 29 sino para todas las épocas. La confianza en las personas, en la gente. Por eso digo siempre que me merece gran respeto, porque reflotó la economía americana y ganó la Segunda Guerra Mundial ¿qué más se le puede pedir a un estadista?

– Y en la política de hoy ¿ya no hay nadie de esa talla en el mundo?

– Me ha tocado conocer a algunos estadistas de gran nivel, a algunos los he tratado y apreciado mucho, como por ejemplo al que fue presidente de la República Francesa, Francois Mitterrand, un político muy, muy inteligente; o al de los Estados Unidos, Bill Clinton, que también lo es; o aquí mismo en España, Felipe González. Massimo D'Alema, en Italia, es un hombre muy inteligente. Por eso no falta material político de primer orden, pero las condiciones han cambiado mucho. Hemos pasado a esto que se llama la globalización, que yo quisiera llamarla internacionalización para darle un espacio al derecho. La globalización parece hablarnos

«La globalización parece hablarnos sólo de economía, y sin embargo excluye al trabajador y olvida el derecho»

sólo de economía, y sin embargo excluye al trabajador y olvida el derecho. Es una economía para las cosas, en lugar de para los hombres, de manera que si se internacionalizara llegaríamos a un criterio jurídico que es el que me gusta a mí y en el que siempre creí.

– *La política es el arte de la mentira, decía la protagonista de* La silla del aguila. *¿Hoy lo sigue siendo o lo es más que nunca?*

–Sí, yo creo que sí, porque hoy el político tiene que estar consciente de que vive en el mundo de la comunicación inmediata. Ya las declaraciones de un político no las da ni siquiera la prensa escrita, la gran política se hace ahora por televisión: un entrevistador hablando con un hombre de Estado y ya sabemos cuál es su política o al menos la que quiere que se sepa. Hay un tipo muy inteligente y muy malvado en este momento que es Putin, yo creo que les está dando la vuelta y media a los demás, que está haciendo circo con los demás. Lo que le hizo a Sarkozy es terrible, lo emborrachó y lo lanzó a las cámaras y no sabía qué decir, él que es tan elocuente: se presentaba lleno de vodka y obviamente no podía hablar. Y cuando le dijeron que le acusan de no ser un demócrata contestó: «¿Cómo? Pero si yo soy el único demócrata que queda. Después de Mahatma Gandhi yo soy el único que queda y el único que habla aún con Gandhi.» Muy literario, desde luego. Hay un gran novelista ruso que se llama Vladimir Putin. No ha escrito ni escribirá nunca *La guerra y la paz*, *Ana Karenina* o *Crimen y castigo*, pero es un gran novelista...

– *Y respecto a México, el retrato que hacía en su último libro,* Todas las familias felices, *a través de la voz de los desfavorecidos era bastante duro, es un libro pesimista. ¿Alberga alguna esperanza sin embargo en el actual momento político que está viviendo?*

– Si, yo creo que tenemos un problema muy, muy grave que es el de la violencia, el crimen organizado, el narcotráfico que se ha apoderado de gran parte del territorio y puede acabar apoderándose de todo México porque pueden comprarlo prácticamente todo. El presidente Calderón ha lanzado al ejército y el ejército ha

«Yo he hecho la proposición de que la policía alemana se ocupe de la seguridad en México»

sido derrotado por el narcotráfico en pantalla abierta, y la policía en México es totalmente banal. Entonces yo he hecho una proposición de que la policía alemana se ocupe de la seguridad en México, y si no, entonces crear un cuerpo de ochenta mil guardias nacionales a las órdenes directas del presidente de la República para impedir que México caiga en un caos delictivo que de pie para una intervención americana.

– *Suele hablar del poder exorcizador de la novela, aunque también de su capacidad profética, ¿lo es realmente? ¿Cómo puede una novela exorcizar la violencia o la corrupción, dos de los grandes males de México?*

– Uno quisiera, pero realmente no es cierto. Ahí siguen la violencia y el crimen organizado.

– *Pero al menos se contribuye a crear una conciencia.*

– Eso querríamos, pero es muy limitada. Uno espera que haya una porosidad en la base de las conciencias. Pero es muy difícil que llegue a calar.

– *Algunos autores de su generación se han preocupado por el tema del feminismo, Vargas Llosa en* El paraíso en la otra esquina, *y también usted en* Los años con Laura Díaz o en Todas las familias felices, *donde entre las voces de los desheredados suena fuerte la de las mujeres. ¿Han sido siempre las grandes desfavorecidas?*

– Sí, así ha sido siempre, sobre todo en países machistas. Nosotros tenemos una triple herencia machista: descendemos de los aztecas, que violaban y sacrificaban a las jovencitas vírgenes; de los árabes, no digamos, con la cultura del harén; y de los españoles, que entonces pensaban que la mujer, como dice el refrán popular, debe estar en la cocina con la pata rota. De manera que es una triple herencia machista que esconde el hecho del poder de la mujer en nuestros países. Pero realmente detrás de los velos, de las apariencias está «la mamma». Todos necesitamos a la mamá ¿verdad? En México hay un gran machismo pero existe el culto a la «mamasita», que es intocable. Y la Virgen de Guadalupe, que es la única que une a todos.

«Tenemos en México una herencia machista de los aztecas, los árabes y los españoles»

– El amor es un tema constante en sus obras o, tal vez sería mejor decir la imposibilidad de mantener vivo el amor. ¿Sigue pensando, como dice en Instinto de Inez, *que la única plenitud del amor es el instante?*

– Sí, el amor tiene que ser instantáneo. Abelardo y Eloísa, Tristán e Isolda... esa gran idea medieval de que el amor más exaltado es el que no se consuma, pero eso la Iglesia lo condenó: la Iglesia quiere que se consumen los amores para que no sean tan apasionados, porque la pasión es lo más peligroso. Entonces el filo de la navaja entre la pasión y la costumbre se resuelve en el amor verdadero, el amor profundo con una mujer, es como yo entiendo el amor. Yo tengo pasiones y accidentes de todo tipo pero llevo treinta y dos años de una vida matrimonial muy feliz, muy plena. No la cambiaría por nada.

– Un amor lleno de secretos maravillosos, como ese ramo de flores que le espera a su mujer en cada habitación de hotel de cualquier lugar del mundo al que van.

– Claro, es que el amor es eso. Hay que cuidarlo. Todos los días hay que hacer algo que le de fuerza.

– Cito una frase suya: «No hay peor servidumbre que la esperanza de ser feliz». ¿Es una servidumbre necesaria, en todo caso?

– A mí me impresiona mucho que los Estados Unidos contemplen el Derecho a la felicidad. Eso es algo que nunca se le ocurriría a un español, o un mexicano, a nadie. Sabemos que hay accidentes, que hay caos, intensidad, que la vida se hace en gran medida de desgracia y la felicidad hay que ponerla siempre entre paréntesis, o por lo menos entre comillas. Hace falta un grado de estoicismo para aceptar todo lo que va a pasar con una cierta fuerza del alma. Pero estar esperando siempre la felicidad como una especie de gong divino me parece que es una falsedad y que es una de las desgracias de los Estados Unidos de América.

– Usted particularmente ¿dónde la encuentra?

– En mi mujer, mi familia, mis amigos y en el acto de la creación. Siempre he dicho que soy un privilegiado porque me levanto y estoy deseando empezar a hacer lo que más me gusta: escribir da trabajo, pero para mí no es trabajar. Yo no siento que trabajo, me levanto ansioso por sentarme a escribir y en medio de una felicidad enorme.

Sin duda, toda una lección de compromiso y de vitalidad en un hombre que ya está muy cerca de los ochenta años©